

Bolonia-Florescia-Siena

Cuarta parte

Lunes 2 de Mayo

A las 9 de la mañana ya estábamos listos para viajar a Bolonia en tren rápido. Aquí lo llaman flecha dorada o algo semejante. Es nuestro Ave. No le llevó ni 35 minutos recorrer los noventa kms que hay entre Florescia y Bolonia. A Santo Domingo seguro que el mismo trayecto le llevaría tres días. Son trenes más antiguos que los españoles y más parecidos al metro que a otra cosa ya que el noventa por ciento del trayecto era túnel.

En la estación de Bolonia cogimos un taxi para que nos llevara a la basílica de San Domenico y de ese modo hacerlo punto de partida de la visita a la ciudad. La taxista era una linda y joven boloñesa con sangre siciliana, según nos explicó. Nos extrañó lo barato de la carrera ya que después de atravesar toda la ciudad nos cobró 6,35 euros. Llegamos ya a punto de cerrar la Iglesia. Hicimos valer la condición de dominicos de los cuatro, enseñando nuestros escudos, y nos permitieron un cuarto de hora para orar delante del sepulcro de Santo Domingo, entre el sonar de las llaves del portero. A las 12,30 cuando se cerró la Iglesia el mismo portero-sacristán nos concedió diez minutos para poder visitar y estar a nuestras anchas en la habitación donde murió Santo Domingo. Estuvimos felices hasta que apareció de nuevo y nos abrió la puerta hacia el claustro desde donde deberíamos salir a la calle. Lo hicimos, pero muy despacio disfrutando en el claustro de un día maravilloso de sol que hacia refulgir los colores. Los dominicos que saludamos se quedaban admirados de que en España hubiera terciarios tan jóvenes como los tres que me acompañaban.



Celda y claustro

Terminada nuestra visita a Santo Domingo, cumbre espiritual del día, nos propusimos hacer andando el recorrido hasta la estación. Así lo hicimos, poco a poco, atravesando el centro histórico y visitando lo que las

guías nos señalaban como más importante. Era un día de sol espléndido, como he dicho; los termómetros callejeros señalaban 27 grados. En Bolonia es fácil guarecerse del sol y de la lluvia porque es la ciudad porticada por excelencia. Casi toda ella se puede recorrer bajo soportales.

Era pleno mediodía. Buscamos un sitio para comer y lo hicimos en una calle peatonal cerca de la plaza Mayor, la Via Clavature. Pese a ser bastante estrecha, comimos al aire libre, como otras muchas gentes lo estaban haciendo. Había ambiente de turistas y viandantes que lo llenaban todo. Pedimos mesa en un ristorante, algo parecido a las innumerables trattorias, pero de rango un poco mayor. Bolonia lo merecía. El menú elegido fue el siguiente:

-Gamberoni en salsa picante con tomate, o sea, seis langostinos rojitos y picantes.

-Tortellini o Tortellone in brodo, plato de pasta a la boloñesa, muy típico del lugar.

Postres y café. En total 144 euros.

Después de comer seguimos nuestro trayecto. Nos encontramos con la Basílica de San Petronio, un obispo antiguo, patrono de la ciudad. Se trata de una enorme Iglesia del gótico tardío italiano, impresionante pero más debido a sus dimensiones que a otra cosa. Al parecer, se intentó con ella hacer la mayor y más amplia basílica del mundo aunque no debió de dar el presupuesto para tanto. Se construyó en el siglo XIV. Seguimos por la plaza mayor a la catedral. Hay una serie de torres, de ladrillo y de gran altura que impresionan al visitante. Se trata de torres que levantaban las distintas familias medievales para mostrar su poderío. Para mí lo más interesante de ellas es que las vio Santo Domingo porque ya existían en su tiempo. Un poco más adelante entramos en la catedral de Bolonia que se llama San Pietro. Es otra de las innumerables iglesias renacentistas y semigóticas que no ofrecen nada nuevo al curioso turista.



Ciudad porticada

La impresión general de la ciudad es muy agradable, pese a que sus gentes son de izquierdas y de gesto fruncido. El centro está en una llanura y sólo en los alrededores se alzan colinas que la circundan. Debe de tener mucha vida universitaria como es lo propio de la primera universidad del mundo, nacida incluso antes que la de París. A eso nosotros no podíamos llegar. Ni tampoco a otros deseos que bullían en mi corazón. Me hubiera gustado seguir el rastro de Diana de Andaló la primera y más conocida dominica de Bolonia que fue amiga personal de Santo Domingo y del beato Jordán de Sajonia, su sucesor.

Me hubiera gustado igualmente seguir las huellas de una niña dominica llamada Imelda, nacida en esta ciudad y que vivió pocos años después de Santo Domingo, aunque nada más sea porque he tenido cuatro Imeldas en mi familia de las que aún viven tres. Esta adolescente, de la familia de los Lambertini nació en Bolonia en los primeros años del siglo XIV. Fue recibida de muy niña en el convento de Val di Pietra, cerca de Bolonia. Allí murió, "muy jovencita todavía" el 12 de mayo, vigilia de la

Ascensión del 1333. Según escriben antiguas leyendas, muere después de recibir la comunión. En la crónica del convento se escribió: "A cuatro días de los idus de Mayo... murió Sor Imelda, de los Lambertini. En vida fue dada de comulgar ante muchos con una hostia venida del cielo a las manos del sacerdote para que comulgara la niña". Una segunda mano añade en la crónica: "y al instante entregó su espíritu".

Su cuerpo fue trasladado del primitivo sepulcro en Val di Pietra al nuevo monasterio de Santa María Magdalena dentro de la ciudad de Bolonia donde se trasladaron las monjas por mandato de San Pio V en 1566. Allí permaneció hasta la supresión del monasterio por las leyes napoleónicas, momento en el que fue trasladado a la Iglesia de San Segismundo donde todavía se halla expuesto a la veneración de los fieles. Su culto público fue aprobado por León XII el 20 de diciembre de 1826. Por voluntad de San Pio X la beata Imelda es la celestial patrona de los niños italianos que hacen la primera comunión.

Terminamos de atravesar la ciudad camino de la estación. Nos subimos al tren a las 18,13 y a los treinta y cinco minutos estábamos de nuevo en Florencia. Un taxi con otra chica joven de taxista nos llevó a casa. Nos cobró ocho euros. Después de una hora de descanso, volvimos a las calles de Florencia cenando donde anoche.

Martes 3 de Mayo

Hoy nos toca visitar Florencia. Sólo teníamos el día de hoy. Evidentemente teníamos que escoger. Florencia tierra del Dante, de Miguel Angel y de tantos otros genios tiene demasiado que ver y que

recordar. Sin embargo, a nosotros lo que nos interesaba eran los recuerdos dominicanos que son suficientes para llenar un día. Por eso, desde la mañana nos fuimos a ello.

Lo que más cerca teníamos era San Marcos. Ya hemos hablado de su historia. Hoy nos dedicamos al museo que es la parte del convento requisado por el Estado italiano y donde está la gran colección de pinturas de Fray Angélico y sus discípulos. Pudimos sacar las entradas sin demasiado agobio aunque había mucha gente. Este Museo tiene dos plantas. La de abajo es un típico claustro de convento dominicano con diversas salas, dedicadas antiguamente a dar clases y repletas hoy del preciado legado pictórico. En este mismo nivel están otras grandes salas que forman parte del Museo como el Refectorio y el Hospicio de los peregrinos.

Frente a la entrada en plena pared del claustro nos encontramos con la famosa Crucifixión de Fray Angélico con Santo Domingo abrazado a la cruz y adorando al crucificado. El problema es que estaba prohibidísimo, como en todas partes, sacar una foto y aquí pululaban por doquier los guardas que te lo impedían. Ángel sacó varias furtivas pero le llamaron la atención en serio. Yo me enfrenté a una de las guardesas y le dije que ese convento es de los dominicos y nos lo había robado el estado italiano y por eso teníamos derecho a sacar fotos. Ella respondía que no podía hacer nada. Entonces vino otro de los guardias alto y fornido y le volví a repetir la queja. Este me respondió: “Estas pinturas no pertenecen ni al estado italiano ni a los dominicos sino a Dios”. Yo me eché a reír y le contesté: “Si nos ponemos tan altos entonces tiene usted toda la razón”.

Dos horas estuvimos recorriendo las diversas salas. Teníamos potenciado el interés por la unción que traíamos de Madrid y que habíamos recibido el día de Santa Catalina con la “toma de hábito” de los terciarios. A mí mismo me parecía imposible resistir tanto tiempo de pie. Lo que más me llamó la atención fue el descubrimiento de los discípulos de Fray Angélico. Él es conocido, pero la impresión que me causaron algunos de los discípulos fue muy grande. Son tres: Fray Bartolomeo de Firenze, Fray Giovanni Antonio Segliani y Fray Paolino de Pistoia.

El más admirado fue Fray Bartolomeo. Tiene un “Ecce homo”, una “Santa Catalina de Alejandría”, “Santa María Magdalena”, “Santo Domingo”, “San Juan Bautista” etc., preciosos. Son barros de 30 por 50 de un naiv y de una unción bellísimos. El refectorio está presidido por una comida milagrosa de Santo Domingo de Fray Giovanni, una comida servida por ángeles cuando no había ni un mendrugo de pan para llevarse a la boca. El nombre oficial del cuadro es La providencia. Fray Paulino de Pistoia contribuye con una bella Piedad en la que pone a Santo Domingo y a Santo Tomás en el momento del descendimiento de la cruz. Otro bello cuadro suyo representa el matrimonio místico de Santa Catalina.



En la parte de arriba hay dos bellísimos tesoros. Por una parte una gran sala que en su tiempo fue biblioteca. Sabido es que en los conventos dominicanos la biblioteca es una estancia casi sagrada. Data de 1444 y el arquitecto fue Michelozzo, cuyo arte predomina en el conjunto del convento. La estancia está dividida en tres naves cuyo artesonado está

dividido por dos hileras de columnas jónicas. El contenido actual es pobrísimo: algunas vitrinas que contienen códigos miniados y poco más.

En la sala contigua se alberga el antiguo dormitorio de los frailes que se conserva casi intacto. Es una enorme estancia abovedada y cubierta y dentro de ella un cuadrado en el que se alojan unas treinta habitaciones de frailes cubiertas y bien aisladas unas de otras para facilitar el estudio. Cada habitación tiene una ventanita que da al claustro. Lo más importante es que cada una de las habitaciones está decorada con un fresco de Fray Angélico. Se encuentran motivos preciosos. Pese a las prohibiciones saqué una foto de una de las últimas habitaciones. No había ningún guardián pero comenzó a sonar la sirena. No obstante, pueden admirar la decoración de esa habitación. Como es sabido estos pintores de San Marcos colocaban siempre a Santo Domingo o algún otro santo de la Orden a los pies de la cruz, o en cualquiera de los misterios de Cristo.



Decoración de una celda por Fray Angélico

Es curioso como actuaba el carisma dominicano por aquella época. Mientras en Florencia brillaban, como hemos dicho, San Antonino, que fue arzobispo de la ciudad, Fray Juan de Fiésolo llamado Fra Angélico, sus discípulos Fray Bartolomeo de Florencia, Fray Giovanni Antonio Segliani y Fray Paolino de Pistoia y el gran Savonarola, por aquellos mismos años, resonaba en la isla Española, hoy Santo Domingo, el célebre sermón de Montesinos que convirtió al que sería el famoso Fray Bartolomé de las Casas, que juntamente con otro dominico Fray Francisco de Vitoria pusieron las bases del derecho internacional en defensa de los Indios. A la vez y, por aquellos mismos días, otro dominico el beato Alano de Ruspe, unificaba las diversas formas de rezar el rosario, puso nombre a los misterios y le dio la forma actual en el que lo conocemos actualmente.

En una esquina del dormitorio se conservan las habitaciones del Prior que fueron las que habitó Savonarola del año 1490 al 1498, año de su muerte. Precisamente, en su honor y en el de los otros dominicos que fueron quemados con él en la Plaza de la Señoría, terminada nuestra visita a San Marcos, nos fuimos para allá para comer algo. Lo hicimos en una “tavola calda” que aquí llamamos autoservicio, viendo desde nuestra mesa la entrada a la Galleria degli Uffizi, en cuya puerta está una réplica del David de Miguel Ángel.

Después de comer con larga sobremesa nos fuimos a visitar el otro convento dominicano de la ciudad: Santa María Novella. Ya hemos mencionado la relación que tuvo Santo Domingo con este convento, el primero que hubo en Florencia. Evidentemente, Santo Domingo sólo conoció el sitio. Era un antiguo oratorio llamado de Santa María de las Viñas que el capítulo catedralicio concedió a los dominicos en 1221. Ahí vivieron los primeros frailes. En el mismo siglo XIII, poco después de la muerte de Santo Domingo, ya fue todo ampliamente remodelado. Si el Santo, tan amante de la pobreza, lo ve tan rico como lo han dejado los siglos se muere de pena. En efecto, comenzando por la Iglesia hay que decir que es grandiosa. La Bolonia de hace siglos seguro que cabía toda en ella. Hay una serie de obras de arte interesantes pero que tienen que ver poco con los dominicos aunque estén en su casa, por lo cual pienso que no nos interesan demasiado.

Además de la iglesia, el convento contiguo también creció desmesuradamente alrededor de dos grandes claustros: el Claustro verde y el claustro grande. En los dos siglos siguientes se convirtió en uno de los centros culturales y religiosos más importantes de Florencia y, en algunos momentos, de todo el occidente.

En el claustro verde se abre una gran sala que antiguamente era la sala capitular del convento, es decir, donde se reunían todos los frailes para deliberar y tratar sus asuntos. Allí se celebraban las reuniones capitulares, votaciones y otros muchos temas. En 1540, Doña Leonor, esposa del primero de la saga de los Médici, Cosme I, que era española, la transformó en capilla para los españoles presentes en la corte. Su vista es

fastuosa. Los frescos se idearon como glorificación de la Orden de predicadores como defensora de la fe y de la ortodoxia cristiana. Además en las cuatro pechinas de la bóveda están representados el triunfo de Jesús sobre la muerte y otros temas escatológicos.

En la pared de la derecha se encuentra la grandiosa alegoría de la Iglesia militante en la que se visualiza la misión triunfante de la orden dominicana. Se ve cómo es defendida por perros de pelaje manchado en blanco y negro, símbolo de los dominicos (Domini canes). Se ve a varios dominicos discutiendo con los herejes y a sus pies algunos perros de los dichos destrozando a los lobos del cisma y la herejía. En la pared izquierda se representa el triunfo de Santo Tomás de Aquino como denodado defensor de la ortodoxia frente a las herejías y como doctor de la Iglesia, ya que con sus obras ha dado inmenso lustre a la Orden de los dominicos. Las dos imágenes siguientes son de la capilla de los españoles: en una se ven los perros "Domini canes".



Todas estas aspiraciones se hicieron patentes y fueron expresadas, como digo, a través del arte gótico, tanto en la línea arquitectónica como figurativa. Aquí se busca la luz, la altura, la trascendencia. Su creación más peculiar ya no es el monasterio como en el Románico, sino la catedral; ya no es un edificio para monjes, sino un templo para las grandes masas burguesas que empezaban a colmar las ciudades. En él existe un impulso de elevación y una mística ascendente que es ansia de Dios. Son edificios esbeltos en los que parece que la piedra y la armonía se aúpan para alcanzar el cielo. Hay horror a lo macizo. El muro llega a perder su función esencial de soporte y, como sólo sirve de cerramiento, se reemplaza por grandes ventanales cuajados de vidrieras y colores, muy lejos, todo ello, de la simple saetera románica. Igualmente, las columnas pierden materia, se estiran y terminan en los arcos apuntados de las bóvedas, que nos señalan el camino del cielo. En las artes figurativas todo se humaniza también. Es patente el creciente interés por la naturaleza. Las figuras son humanas, con movimiento y ternura. En la cruz hay un hombre que sufre; no se crucifica a Dios sino a la naturaleza humana de Jesús. La Virgen mira al niño, se vuelve hacia él y le sonríe con infinito cariño.

Con esto se terminó nuestro recorrido. Al día siguiente, volvimos a Bolonia para coger de nuevo el avión que nos devolvería a Madrid donde llegamos alrededor de las tres de la tarde.